

manente y no les permitía ni siquiera concebir el porvenir. En el conquistador, incipiente burgués, la búsqueda febril del oro y la plata lo movía a la acción, en tanto que el indio permanecía ligado a la tierra que lo inmovilizaba. Todorov ha advertido que el hecho de que los españoles hayan cruzado el océano para encontrar a los indios y no a la inversa, el hecho de que los españoles asumieran el papel activo en el proceso de interacción con los indios aseguraba a aquéllos una superioridad indiscutible y anunciaba el resultado del encuentro<sup>20</sup>.

El hombre moderno, el hombre del Renacimiento, había descubierto la subjetividad, tenía consciencia de su propio yo, de sí mismo como individuo autónomo, capaz de elegir su destino por la voluntad y el raciocinio. Empeñado en afirmara su personalidad por el prestigio y el poder estaba inclinado al ideal del «hombre fuerte», el déspota mandando sobre la masa sumisa. Contra esa fuerza incontrolable se oponían los indígenas que sumergidos en la comunidad tribal no habían llegado al estadio de la conciencia individual ni eran capaces de pensar por sí mismos. Sólo se conocían como formas generales de la familia, de la tribu, de la raza. El individuo estaba sumergido en la familia que a su vez estaba sumergida en la colectividad que a su vez estaba dominada por los dioses y los reyes. Por eso la muerte, que es el mal absoluto para el individuo, era vista con indiferencia por esos pueblos que aceptaban resignadamente ser sacrificados como víctimas propiciatorias en el altar de los dioses, o como soldados en el campo de batalla. Claro está que, como ha mostrado la experiencia de las sociedades totalitarias modernas, el colectivismo nunca logra del todo aniquilar al individuo, y existen algunos indicios de que los indios no eran tan estúpidamente felices: por ejemplo, a las futuras víctimas de los sacrificios se les suministraban drogas para que no se deprimieran. Es probable que las sociedades totalitarias indígenas no consiguieran que todos los hombres aceptaran alegremente su destino, sino tan sólo lograban evitar que se rebelaran.

## El indio hoy, asimilación o autonomía

Las civilizaciones precolombinas están muertas; que hayan sido asesinadas por los conquistadores es un problema que sólo puede interesar a los historiadores y no a los políticos ni a los hombres ocupados en los dilemas contemporáneos. La historia de las civilizaciones es una historia de imperios y colonias, ciclo del que sólo en el siglo actual empezamos a liberarnos. Los americanos somos el producto de la colonización europea en la misma medida en que los franceses son la consecuencia de la colonización romana y a ningún francés actual se le ocurriría borrar de su historia la etapa romana para reivindicar a los galos primitivos. Los franceses fueron conquistadores de Argelia, pero los árabes a su vez la habían conquistado siglos antes de una manera no menos violenta. Tratar de volver a los orígenes es un cuento intermi-

<sup>20</sup> *Ibidem*.

nable ya que nunca se encuentran los verdaderos aborígenes, los habitantes vienen siempre de otra parte, todos los nativos fueron alguna vez extranjeros.

Subsiste el tema de la identidad cultural. Pero la cultura indígena es indiscernible de la influencia europea: el típico conjunto autóctono que se puede escuchar en las chicherías de los Andes es el dúo de arpa y violín, dos instrumentos refinadamente europeos. El tema más usado por los indigenistas para mostrar que la cultura indígena está viva y sigue influyendo en el arte americano contemporáneo es el de los muralistas mexicanos. Sin embargo, la inspiración indígena en esta escuela plástica es más declamativa que real, hay una indiscutible influencia europea en Rivera, Siqueiros y Orozco. Como observa Octavio Paz<sup>21</sup>, el patetismo de estos pintores está muy alejado del hieratismo y el geometrismo de las artes precolombinas. El indigenismo no estaba en las formas sino apenas en la intención, en el tema. Rivera llegó a exaltar en sus murales los sacrificios humanos de los aztecas y el canibalismo, y a presentar a los conquistadores españoles como criminales, contradiciendo, de ese modo, la concepción marxista en la que pretendía apoyarse. Es sabido que Marx y Engels justificaban la conquista y colonización de América como progresista, y aún la conquista de México por Estados Unidos.

Con respecto al tema de la asimilación y del genocidio no resultan convincentes las posiciones indigenistas llevadas por la emoción más que por el razonamiento. Los pueblos indígenas que se encontraban en un estado más avanzado —los quechuas y los aztecas— estaban acostumbrados a una organización política, a obedecer a una autoridad y tenían hábitos de trabajo que pudieron ser relativamente asimilados a la sociedad colonial y utilizados como mano de obra. Se los hacía trabajar hasta el agotamiento, se los alimentaba, vestía y alojaba mal, pero no se los exterminaba como lo prueba la numerosa población indígena existente en México, Perú y Bolivia. Por otra parte, el mal trato no era peor al que se le daba a los campesinos serviles en la Europa feudal o a los proletarios blancos en los talleres del capitalismo temprano. El problema no era pues racial sino social, la opresión era la misma que existe en toda sociedad dividida en clases. En las regiones donde los indios eran exterminados, caso de la Argentina y Estados Unidos, se trataba de tribus muy primitivas, incorregiblemente belicosas e incapaces de asimilarse a una organización social y a un régimen de trabajo. En tanto que los indios de la montaña podían ser puestos a trabajar en las minas o en la agricultura —los españoles los caracterizaban como «gente vestida y de razón»— los indios de los llanos, que eran cazadores, nómadas o recolectores, carecían de toda adaptación del trabajo sistemático y eran por tanto inasimilables. Los antropólogos han mostrado que las sociedades muy primitivas que no han pasado por la revolución agrícola son imposibles de incorporar al mundo civilizado. La integración forzosa suponía un esfuerzo excesivo y los llevaba a la muerte. Los indigenistas explican esta incapacidad de trabajo de los indios como una forma de rebeldía al trato brutal al que eran sometidos, una expresión de la profunda tristeza en que los sumía la pérdida de las formas de vida anterior a la llegada de los españoles.

<sup>21</sup> Ver nota 9.

Aun cuando estas motivaciones psicológicas hayan existido no lo explican todo, ya que los negros esclavos tenían motivos aún mayores para la depresión —habían sido arrancados de su lejana tierra natal— y sin embargo trabajaban eficientemente y lograban sobrevivir. La diferencia entre la capacidad de trabajo de los indios y los negros reside en que estos últimos pertenecían a sociedades más avanzadas ya acostumbradas a la disciplina del trabajo. Ahora bien, los negros sobrevivieron allí donde morían los indios sólo cuando pertenecían a las tribus más evolucionadas, en cambio cuando se intentó esclavizar africanos que estaban en el mismo estadio que los indígenas americanos, es decir, que vivían de la caza y de la recolección de frutos, resultaron tan inútiles para el trabajo y morían tan rápidamente como éstos. Estas comprobaciones desalientan cualquier interpretación racial pero corroboran que hay sociedades con un grado de evolución más atrasado que otras.

Los indios de las reducciones jesuíticas donde no se los maltrataba seguían siendo perezosos y de cortos alcances. En unas décadas no se podían franquear los estadios que habían llevado a los europeos más de tres mil años. Por otra parte, en muchos casos se mostraban enemigos peligrosos, lo cual hizo que para los españoles el exterminio o el desplazamiento fuera una cuestión de supervivencia. La asimilación y el buen trato a los indios eran promulgados con la mejor buena voluntad por el Estado español a demasiada distancia para saber si estas medidas podían implementarse. ¿Era posible por tanto la asimilación pacífica? Los indigenistas contestarán a esta difícil pregunta con otra pregunta: ¿Qué tenían que hacer los europeos en América?

Pero este interrogante a su vez contestarse con otro: ¿Deberían los descubridores haberse vuelto a Europa y olvidar que existía América? ¿Esperar pacientemente a que los americanos tardaran tres o cuatro mil años más en llegar al estadio en que se encontraban los europeos? ¿O tal vez concebir la idea utópica de que dejándolos solos los indios hubieran creado una civilización original completamente distinta a la de los europeos y aún superior? Pero a los hombres les resulta imposible querer ignorar lo que ya conocen. El descubrimiento de América era un hecho irreversible, no era posible volverse atrás, la quema de las naves por Hernán Cortés es un símbolo. El descubrimiento, dado el estadio en que se encontraban los pueblos precolombinos, implicaba los pasos siguientes de la conquista y la colonización como también la resistencia de los indígenas y su consiguiente represión. A lo largo de la historia, en el encuentro entre dos civilizaciones, vence la más avanzada, y cuando sucede lo contrario, los vencedores terminan aceptando la civilización de los propios vencidos: los amitas se sometieron a los derrotados sumerios, los romanos a los griegos, los bárbaros a los romanos, los árabes y turcos a los bizantinos, los persas, tártaros y manchúes a los chinos. Siempre fue así. Los europeos en cambio no se sometieron a los americanos. Si las civilizaciones precolombinas hubieran sido superiores a la española —como algunos indianistas sostienen— los conquistadores hubieran sido a su vez conquistados y Europa hubiera sido colonizada culturalmente por América.